PARA LEER EN LA PLAYA O EN EL DIVAN

LLEGO EL PSICOTHRILLER

Sátira/12
Nº 279 el desperdicio Sábado 20 de febrero de 1993



Y mientras yo pensaba que el trabajo del psicoanalista suele ser muy duro y no necesariamente gratificante, apareció ella.

Primera entrevista

Hacía frío. Era de noche. Tal vez las doce, tal vez las tres de la mañana, no lo sé: cuando me pongo a repasar mis casos suelo perder la noción del tiempo. Pero seguro no era hora para que viniera ningún paciente. Hacía años que no lo era.

Intenté encender mi estufa a gas. Era inútil, la última cerilla la había usado con uno que le tenía fobia al fuego, y que por cierto no era paciente mío sino cobrador de alquiler. El me amenazó con que si no pagaba la renta de mi consultorio vendrían y se llevarían mi retrato de Freud anciano, ese que tuve que colgar cuando se llevaron mi retrato de Freud joven. Caramba, tendré que poner el de mi abuelita y decir que es Melanie Klein, le dije. El sonrió. Detesto que se rían de mis burlas cuando soy el objeto de las mismas, así que convidé a mi acreedor con un "whisky on the fire", y whisky no tenía. Y lo tuvo que tragar. Seguro lo curé de su fobia al fuego. Y si no era fóbico, ahora lo es.

Es que eran tiempos fálicos, tiempos duros. De mi último paciente no quedaba ni la transferencia. Y eso que yo lo ayudé a encontrarse a sí mismo. El se encontró y se llevó a su casa, y si me ha visto, no se acuerda.

Hacía noche y mucho frío, decíamos, y mientras yo pensaba que el trabajo del psicoanalista suele ser muy duro y no necesariamente gratificante (como decía esa vieja canción que mi madre nos canturreaba a mi hermana Anafreudiana y a mí para que nos durmiéramos), apareció ella. Como no había solicitado entrevista telefónica alguna, todo me resultó sospechoso.

Levanté el auricular y mis sospechas se confirmaron: me habían cortado el servicio por falta de pago.

"Bien Jimmy", me dije a mí mismo cariñosamente (en el fondo soy un tierno), "escuchemos a esta mujer, que si ha venido a esta hora es porque está angustiada, y si ha venido a mi consultorio es porque está realmente muy angustiada".

Ella pareció adivinar mis pensamientos.

—Mister Traumengarten, debe escucharme, debe entenderme, debe escucharme.

—Ya sé que debo mucho, pero no es el momento para recordármelo —dije casi sonriendo.

Ella también sonrió. No sé si les comenté que odio a los que se ríen cuando me burlo de mí.

—Recuéstese en el diván, preciosa —le sugerí.

—¿Cómo sabe si soy preciosa o no, si en esta penumbra no se ve nada? —me preguntó.

—Elemental, preciosa. Una mujer fea no estaría sola a estas horas.

Se conmocionó. Pareció derrumbarse, pero ya estaba acostada, por lo que se limitó a sollozar.

—Mister Traumengarten, sniff, debe ayudarme, sniff..., marido..., no lo puedo encontrar por ningún lado..., sniff —o algo así.

Vaya, un típico caso de búsqueda de marido inhallable. Debí sospecharlo, las posibilidades estadísticas de que tuviera marido eran muy altas, sobre todo siendo ella una mujer. Sin embargo, mi olfato no me había dicho nada al respecto. Bueno, tampoco es que las solteras huelan de algún modo especial.

—Bien, sígame contando, señora, señora...

—Ferguson, sniff, Joana Ferguson, sniff...

—Bien, señora Ferguson Sniff, ¿hace mucho que está buscándolo?

—Bueno..., no sabría decirle con exactitud...

—Digamos media hora, una hora...

—Digamos dos años.

—Caramba... ¿me podría decir entonces por qué me viene a consultar justo a esta hora?

—¡Es que no podía dormir, mister Traumengarten!

—¿La culpa, tal vez?

—La soledad, Mister Traumengarten.

—Dígame Jim, preciosa. ¿Y con qué asocia usted la soledad, señora Ferguson Sniff?

—Con nada, mister Traumengarten, ése es el problema, que no logro asociarla con nada, y dígame Joana a secas.

—Vaya vaya, Joana a secas. Un significante que no remite a ningún otro es como una pista falsa. ¿Puede ser más precisa con relación a su soledad, y decirme Jimmy?

—Bien, Jimmy. Estaba yo entrando al baile de los Jones y de repente me di cuenta de que los demás habían ido acompañados y yo estaba sola, del brazo del aire. Comencé a preocuparme. "Tal vez lo encuentre aquí", me dije, pero pasó la noche entera y él no vino. Finalmente me volví a casa tan sola como había llegado. Miré la hora, era muy tarde. Me sentí muy preocupada. Espero que me comprenda, Jimmy, y que me llame Nana.

—Bien, Nana, muéstreme alguna foto que tenga y llámeme Jimbo —le sugerí.

Ella me mostró la foto que tenía y me pidió que la llamase Nanette.

Yo miré la foto: un hombre cuarentón, una mujer parecida a ella sonriendo y dos niñas con cara de niñas que no deseaban que les sacaran esa fotografía. Se la devolví pidiendo que me llamara Yimele (que era como me llamaba mi mamá antes del Edipo).

Ella guardó la foto en la cartera y se quedó quieta en el diván. Me pidió que la llamase "cariño" y yo me negué a hacerlo. No me involucro sentimentalmente con mis pacientes, y en ese momento era más lo que sentía por el dinero de Miss Ferguson que por ella misma. De modo que le sugerí que iniciáramos un tratamiento de dos sesiones semanales, le dije que mis honorarios eran cincuenta dólares la sesión más gastos, y terminé diciendo, por favor llámeme doctor Traumengarten, señora Ferguson Sniff.

—En ese caso usted llámeme a mí señorita Ferguson, y no solloce —me dijo misteriosamente, y se fue hasta la siguiente sesión.

Me quedé pensando. ¿Qué me habría querido decir con eso de "señorita"? ¿Cómo es que una señorita me pide que le busque al marido? ¿Habrá acertado mi olfato cuando no se creyó lo del matrimonio o habré olido a otra mujer? ¿Será un caso de doble personalidad, una soltera y la otra casada, lo que convertiría al marido en bígamo y estaría huyendo de la ley? ¿Por qué le solicité que me llamara Jim, Jimmy, Jimbo y aun Yimele, me habré identificado con sus aspectos maternales transferenciales? ¿Qué me quiso decir con que no sollozara? ¿Dónde puse los honorarios de esta entrevista? Así investigando llegó el amanecer y me quedé dormido.



La primera sesión

Joana, la señorita Ferguson que buscaba al marido, llegó puntualmente a sesión y se recostó en el diván.

—¿Qué asocia usted con marido? —le pregunté.

—A mí —me respondió.

—¿Por qué me pidió que la llame señorita Ferguson?

—Porque usted me pidió que lo llame doctor Traumengarten.

—Es que yo soy el doctor Traumengarten.

—Y yo *soy* la señorita Ferguson —dijo, pronunciando "soy" en bastardilla.

—Ya, pero ¿por qué "señorita" y no "señora"?

—Porque es lo que soy —me respondió. Esta vez dijo "soy" normalmente.

No cabía duda. La doble personalidad se manifestaba y no era Batman. En casos así, de cierta peligrosidad para el psiquismo de la paciente, recomiendo tener una entrevista familiar. El caso es que esta vez al marido no lo encontraría fácilmente. Y si lo encontraba, terminaba el caso. Decidí apelar al principio de realidad.

—Dígame, Joana, señorita Ferguson..., ese hombre de la foto, ¿usted sabe dónde está?

—Sí, doctor, claro que lo sé.

Caramba, esto se complicaba y se simplificaba al mismo tiempo. Típico caso de esquizofrenia.

—Bien, déme la dirección del hombre.

—Es mi misma dirección, doctor. Y si quiere, le doy el teléfono.

Me dio el teléfono. Llamé para solicitar una entrevista familiar.

—¿Puedo hablar con Mister Ferguson?

—Yo soy Mister Ferguson. —Era una voz extraña, que no correspondía a la de un cuarentón sino más bien a un septuagenario.

—Soy el doctor Traumengarten, es por Joana.

—¡Quite las manos de Joana, meterete! —respondió.

—Mis manos no están sobre Joana sino en el teléfono —intenté tranquilizarlo al tiempo que me felicitaba por haber podido usar los honorarios de la primera entrevista para pagar la cuenta telefónica y que me restablecieran el servicio, ya que de haber tenido que ir personalmente a casa de los Ferguson la cosa habría sido terrible— y lo invito a que venga usted mismo a buscarla.

—¡Ya mismo iremos a buscarla, mi esposa y yo!

Cortó. ¿Su esposa? ¿Cómo que su esposa? ¿No era Joana su esposa? ¿Tenía él dos esposas, y considerando la doble personalidad de Joana eran tres? ¿Era yo el esquizofrénico? ¿En tal caso, tendría dinero para internarme en la clínica "Dejemos aquí por un tiempo"? No, no lo tenía, me respondí, de modo que yo no estoy loco, esperemos que vengan los Ferguson y resolvamos el caso.

Mientras esto reflexionaba, Joana se había dormido en mi diván, abrazada a mi retrato de Freud anciano.

Llegaron. Tocaron el timbre. Decidí celebrar ahí mismo la sesión de terapia familiar. Aunque reconozco que no sabía quién era quién, si el sujeto era un marido, un amante o qué. Les abrí. El hombre con voz de septuagenario era realmente un septuagenario. Y se parecía al de la foto, pero tiempo atrás. La mujer en cambio nada que ver: no se parecía para nada al hombre de la foto, aunque sí a la mujer que sonreía junto a él. Junto al hombre de la foto, no junto al septuagenario, que no sonreía ni nada por el estilo.

Joana se despertó. Antes de que pudiera decir ni "mu" le pregunté a boca de jarro:

—¿Reconoce a este hombre?

—Sí.

—¿Tiene algo que ver este hombre con el de la foto que me mostró?

—Es el mismo.

—¿Entonces es éste su marido?

—Nooo, éste es mi papá. ¡Hola, papi! Usted me preguntó si yo tenía una foto y yo le mostré la que tenía...

UN C... MUY ... EXT...

*Por James "Jim" Traumengarten**

* *James "Jim" Traumengarten, hermano menor de la doctora Anafreudiana Traumengarten, es un reconocido profesional que se dedicó a estudiar los aspectos marginales de lo inconsciente.*

Sátira/12 presenta hoy un aute... xo, neurosis y jazz and roll. ... Traumengarten, prominente ... miento Buffet Freud, grupo c... recopilados por Rudy y publi... en forma de libro. Ideal par... nuestro analista disfruta de ...

—De modo que la mujer...

—Es mi mamá, y yo soy una de las pequeñas, la otra es una amiga, Monique...

—De modo que estamos como al comienzo. O mejor dicho, nada que ver: esta foto es la prueba de que usted no es esquizofrénica, ni tampoco su padre, ni su madre, ni yo. Este hombre tampoco es bígamo, pero usted sigue buscando a su marido, que no es él.

—Así es.

Me dirigí a los padres:

—¿Tienen idea de por qué fue abandonada Joana?

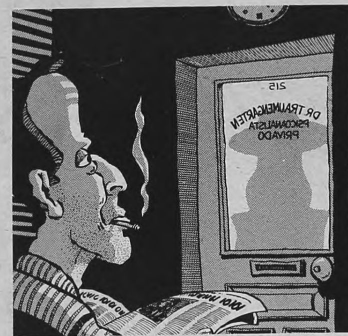
—Yo le dije que tuviera cuidado —dijo el padre secamente, y se fue.

La madre me llevó a un rincón:

—Debo confesarle algo, doctor Traumengarten: Joana es soltera. —Y salió corriendo.

Se escuchaban a lo lejos l... Amo el jazz, sobre todo e...







Y mientras yo pensaba que el trabajo del psicoanalista suele ser muy duro y no necesariamente gratificante, apareció ella.

Primera entrevista

Hacía frío. Era de noche. Tal vez las doce, tal vez las tres de la mañana, no lo sé: cuando me pongo a repasar mis casos suelo perder la noción del tiempo. Pero seguro no era hora para que viniera ningún paciente. Hacía años que no lo era.

Intenté encender mi estufa a gas. Era inútil, la última cerilla la había usado con uno que le tenía fobia al fuego, y que por cierto no era paciente mío sino cobrador de alquiler. El me amenazó con que si no pagaba la renta de mi consultorio vendrían y se llevarían mi retrato de Freud anciano, ese que tuve que colgar cuando se llevaron mi retrato de Freud joven. Caramba, tendré que poner el de mi abuelita y decir que es Melanie Klein, le dije. El sonrió. Detesto que se rían de mis burlas cuando soy el objeto de las mismas, así que convidé a mi acreedor con un "whisky on the fire", y whisky no tenía. Y lo tuvo que tragar. Seguro lo curé de su fobia al fuego. Y si no era fóbico, ahora lo es.

Es que eran tiempos fálicos, tiempos duros. De mi último paciente no quedaba ni la transferencia. Y eso que yo lo ayudé a encontrarse a sí mismo. El se encontró y se llevó a su casa, y si me ha visto, no se acuerda.

Hacía noche y mucho frío, decíamos, y mientras yo pensaba que el trabajo del psicoanalista suele ser muy duro y no necesariamente gratificante (como decía esa vieja canción que mi madre nos canturreaba a mi hermana Anafreudiana y a mí para que nos durmiéramos), apareció ella. Como no había solicitado entrevista telefónica alguna, todo me resultó sospechoso.

Levanté el auricular y mis sospechas se confirmaron: me habían cortado el servicio por falta de pago.

"Bien Jimmy", me dije a mí mismo cariñosamente (en el fondo soy un tierno), "escuchemos a esta mujer, que si ha venido a esta hora es porque está angustiada, y si ha venido a mi consultorio es porque está realmente muy angustiada".

Ella pareció adivinar mis pensamientos.

—Mister Traumengarten, debe escucharme, debe entenderme, debe escucharme.

—Ya sé que debo mucho, pero no es el momento para recordármelo —dije casi sonriendo.

Ella también sonrió. No sé si les comenté que odió a los que se ríen cuando me burlo de mí.

—Recuéstese en el diván, preciosa —le sugerí.

—¿Cómo sabe si soy preciosa o no, si en esta penumbra no se ve nada? —me preguntó.

—Elemental, preciosa. Una mujer fea no estaría sola a estas horas.

Se conmocionó. Pareció derrumbarse, pero ya estaba acostada, por lo que se limitó a sollozar.

—Mister Traumengarten, sniff, debe ayudarme, sniff..., marido..., no lo puedo encontrar por ningún lado..., sniff —o algo así.

Vaya, un típico caso de búsqueda de marido inhallable. Debí sospecharlo, las posibilidades estadísticas de que tuviera marido eran muy altas, sobre todo siendo ella una mujer. Sin embargo, mi olfato no me había dicho nada al respecto. Bueno, tampoco es que las solteras huelan de algún modo especial.

—Bien, sígame contando, señora, señora...

—Ferguson, sniff, Joana Ferguson, sniff...

—Bien, señora Ferguson Sniff, ¿hace mucho que está buscándolo?

—Bueno..., no sabría decirle con exactitud...

—Digamos media hora, una hora...

—Digamos dos años.

—Caramba... ¿me podría decir entonces por qué me viene a consultar justo a esta hora?

—¡Es que no podía dormir, mister Traumengarten!

—¿La culpa, tal vez?

—La soledad, Mister Traumengarten.

—Dígame Jim, preciosa. ¿Y con qué asocia usted la soledad, señora Ferguson Sniff?

—Con nada, mister Traumengarten, ése es el problema, que no logro asociarla con nada, y dígame Joana a secas.

—Vaya vaya, Joana a secas. Un significante que no remite a ningún otro es como una pista falsa. ¿Puede ser más precisa con relación a su soledad, y decirme Jimmy?

—Bien, Jimmy. Estaba yo entrando al baile de los Jones y de repente me di cuenta de que los demás habían ido acompañados y yo estaba sola, del brazo del aire. Comencé a preocuparme. "Tal vez lo encuentre aquí", me dije, pero pasó la noche entera y él no vino. Finalmente me volví a casa tan sola como había llegado. Miré la hora, era muy tarde. Me sentí muy preocupada. Espero que me comprenda, Jimmy, y que me llame Nana.

—Bien, Nana, muéstreme alguna foto que **tenga y llámeme Jimbo —le sugerí.**

Ella me mostró la foto que tenía y me pidió que la llamase Nanette.

Yo miré la foto: un hombre cuarentón, una mujer parecida a ella sonriendo y dos niñas con cara de niñas que no deseaban que les sacaran esa fotografía. Se la devolví pidiendo que me llamara Yimele (que era como me llamaba mi mamá antes del Edipo).

Ella guardó la foto en la cartera y se quedó quieta en el diván. Me pidió que la llamase "cariño" y yo me negué a hacerlo. No me involucro sentimentalmente con mis pacientes, y en ese momento era más lo que sen**tía por el dinero de Miss Ferguson que por** ella misma. De modo que le sugerí que iniciáramos un tratamiento de dos sesiones semanales, le dije que mis honorarios eran cincuenta dólares la sesión más gastos, y terminé diciendo, por favor llámeme doctor Traumengarten, señora Ferguson Sniff.

—En ese caso usted llámeme a mí señorita Ferguson, y no solloce —me dijo misteriosamente, y se fue hasta la siguiente sesión.

Me quedé pensando. ¿Qué me habría querido decir con eso de "señorita"? ¿Cómo es que una señorita me pide que le busque al marido? ¿Habrá acertado mi olfato cuando no se creyó lo del matrimonio o habré olido a otra mujer? ¿Será un caso de doble personalidad, una soltera y la otra casada, lo que convertiría al marido en bígamo y estaría huyendo de la ley? ¿Por qué le solicité que me llamara Jim, Jimmy, Jimbo y aun Yimele, me habré identificado con sus aspectos maternales transferenciales? ¿Qué me quiso decir con que no sollozara? ¿Dónde puse los honorarios de esta entrevista? Así investigando llegó el amanecer y me quedé dormido.

La primera sesión

Joana, la señorita Ferguson que buscaba al marido, llegó puntualmente a sesión y se recostó en el diván.

—¿Qué asocia usted con marido? —le pregunté.

—A mí —me respondió.

—¿Por qué me pidió que la llame señorita Ferguson?

—Porque usted me pidió que lo llame doctor Traumengarten.

—Es que yo soy el doctor Traumengarten.

—Y yo *soy* la señorita Ferguson —dijo, pronunciando "soy" en bastardilla.

—Ya, pero ¿por qué "señorita" y no "señora"?

—Porque es lo que soy —me respondió. Esta vez dijo "soy" normalmente.

No cabía duda. La doble personalidad se manifestaba y no era Batman. En casos así, de cierta peligrosidad para el psiquismo de la paciente, recomiendo tener una entrevista familiar. El caso es que esta vez al marido no lo encontraría fácilmente. Y si lo encontraba, terminaba el caso. Decidí apelar al principio de realidad.

—Dígame, Joana, señorita Ferguson..., ese hombre de la foto, ¿usted sabe dónde está?

—Sí, doctor, claro que lo sé.

Caramba, esto se complicaba y se simplificaba al mismo tiempo. Típico caso de esquizofrenia.

—Bien, déme la dirección del hombre.

—Es mi misma dirección, doctor. Y si quiere, le doy el teléfono.

Me dio el teléfono. Llamé para solicitar una entrevista familiar.

—¿Puedo hablar con Mister Ferguson?

—Yo soy Mister Ferguson. —Era una voz extraña, que no correspondía a la de un cuarentón sino más bien a un septuagenario.

—Soy el doctor Traumengarten, es por Joana.

—¡Quite las manos de Joana, meterete! —respondió.

—Mis manos no están sobre Joana sino en el teléfono —intenté tranquilizarlo al tiempo que me felicitaba por haber podido usar los honorarios de la primera entrevista para pagar la cuenta telefónica y que me restablecieran el servicio, ya que de haber tenido que ir personalmente a casa de los Ferguson la cosa habría sido terrible— y lo invito a que venga usted mismo a buscarla.

—¡Ya mismo iremos a buscarla, mi esposa y yo!

Cortó. ¿Su esposa? ¿Cómo que su esposa? ¿No era Joana su esposa? ¿Tenía él dos esposas, y considerando la doble personalidad de Joana eran tres? ¿Era yo el esquizofrénico? ¿En tal caso, tendría dinero para internarme en la clínica "Dejemos aquí por un tiempo"? No, no lo tenía, me respondí, de modo que yo no estoy loco, esperemos que vengan los Ferguson y resolvamos el caso.

Mientras esto reflexionaba, Joana se había dormido en mi diván, abrazada a mi retrato de Freud anciano.

Llegaron. Tocaron el timbre. Decidí celebrar ahí mismo la sesión de terapia familiar. Aunque reconozco que no sabía quién era quién, si el sujeto era un marido, un amante o qué. Les abrí. El hombre con voz de septuagenario era realmente un septuagenario. Y se parecía al de la foto, pero tiempo atrás. La mujer en cambio nada que ver: no se parecía para nada al hombre de la foto, aunque sí a la mujer que sonreía junto a él. Junto al hombre de la foto, no junto al septuagenario, que no sonreía ni nada por el estilo.

Joana se despertó. Antes de que pudiera decir ni "mu" le pregunté a boca de jarro:

—¿Reconoce a este hombre?

—Sí.

—¿Tiene algo que ver este hombre con el de la foto que me mostró?

—Es el mismo.

—¿Entonces es éste su marido?

—Nooo, éste es mi papá. ¡Hola, papi! Usted me preguntó si yo tenía una foto y yo le mostré la que tenía...

UN CASO MUY EXTRAÑO

*Por James "Jim" Traumengarten**

** James "Jim" Traumengarten, hermano menor de la doctora Anafreudiana Traumengarten, es un reconocido profesional que se dedicó a estudiar los aspectos marginales de lo inconsciente.*

***Sátira/12* presenta hoy un auténtico psicothriller, lleno de sexo, neurosis y jazz and roll. Fue escrito por James "Jim" Traumengarten, prominente miembro marginal del movimiento Buffet Freud, grupo cuyos primeros escritos fueron recopilados por Rudy y publicados por Ediciones de la Flor en forma de libro. Ideal para leerlo en la playa, mientras nuestro analista disfruta de sus merecidas vacaciones.**

—De modo que la mujer...

—Es mi mamá, y yo soy una de las pequeñas, la otra es una amiga, Monique...

—De modo que estamos como al comienzo. O mejor dicho, nada que ver: esta foto es la prueba de que usted no es esquizofrénica, ni tampoco su padre, ni su madre, ni yo. Este hombre tampoco es bígamo, pero usted sigue buscando a su marido, que no es él.

—Así es.

Me dirigí a los padres:

—¿Tienen idea de por qué fue abandonada Joana?

—Yo le dije que tuviera cuidado —dijo el padre secamente, y se fue.

La madre me llevó a un rincón:

—Debo confesarle algo, doctor Traumengarten: Joana es soltera. —Y salió corriendo.

Dos testimonios que concordaban. El de Joana y el de su madre. Un testimonio que no se entendía pero sonaba amenazante: el del padre. En total: tres testimonios. No es poca cosa para una primera sesión. Decidí investigar a fondo.

—¿En serio es soltera, Joana?

—Sí que lo soy —fue la respuesta.

—¿Y entonces por qué busca a su marido? —le pregunté.

—¿Es que acaso no lo buscan todas las solteras? ¿Qué sentido tendría que yo buscara un marido si ya fuera casada? ¡Si lo busco es porque no tengo, y para eso vine aquí, para que usted me ayude a encontrarlo!

El retrato de Freud anciano parecía burlarse de mí. Lo odié por un instante. ¡Si lo hubiera observado con más detenimiento!

—¡O sea que lo que usted busca es un marido!

—¡Elemental, doctor!

—¿Y por qué no tiene uno, siendo usted joven y bonita?

—¿Debo tomar esto como una declaración?

—Entiendo, veo por qué no tiene marido.

—Se equivoca, doctor. Candidatos no me faltan. Pero ninguno me gusta, y usted tampoco.

Y apareció la histeria, la "belle indiférence", la muñequita despechada, la inocente seductora, y todas ellas en una misma persona.

—Miren, Joanas, si tienen candidatos y quieren casarse, ¿por qué no aceptan a ninguno? —le dije no sin cierta ternura.

—Eso descúbralo usted, cuando se le pase la borrachera y deje de verme doble, que para eso le pago —me respondieron, secas.

Así terminó la primera sesión. Cuando Joana se iba, parecía volver a ser una sola persona. La foto se deslizó de su cartera. La tomé y la guardé en su legajo. Luego olvidé lo que había hecho y me fui al bar de Tomás Psiquembaun a despejar mi mente.

Se escuchaban a lo lejos los sonidos de "The Moocho", por Duke Ellington. Amo el jazz, sobre todo el jazz freudiano.



Especulaciones teórico-técnicas

En el bar de Tom me pedí mi trago favorito, un "whisky a crédito", pero no pudo ser pues se le había acabado el crédito. Y yo no tenía dinero, ya que había gastado los honorarios en recuperar mi retrato de Freud joven, que volvía a lucir en mi consultorio en reemplazo del anciano, que volvía a lucir en el cajón a la espera de que mis apuros me obligaran a volver a utilizar sus servicios pictóricos.

Mientras Pete el mozo me traía un vaso de soda y una taza de café fuerte, volví a pensar en el caso...

"Qué tenemos aquí", pensé. Una joven bella, con un padre bastante tirano y una madre tímida. La joven se siente sola pero no hay ningún candidato que le venga bien, y decide consultarme. Aquí hay algo que no cierra, hay un detalle que lo oscurece todo... ¿Cómo habrá decidido consultarme justo a mí?

Se escuchaban a lo lejos los sonidos de "The Moocho", por Duke Ellington. Amo el jazz. Sobre todo el jazz freudiano. Los "Tres ensayos" me vuelven loco, "Narcisism" me fascina, sobre todo la introducción. "Moses and the Monteist" me cautiva, y con las piezas del tipo "Finishable and Unfinishable", "El hombre de las ratas paseanderas", "Dora and K", y "Take the horse, little Hans" ("Súbete al caballo, Juanito") me pongo sentimental. Puedo quedarme horas escuchando, hasta que se va el último paciente.

Pero ahora había que actuar. Joana Ferguson estaba angustiada porque entre los jóvenes que la cortejaban ninguno le parecía bueno como para ser su marido. Y yo debería descubrir por qué. Pensé en solicitar una entrevista con cada joven para poder hacerme una idea de por qué eran rechazados, pero después recordé que yo era psicoanalista, y mis métodos eran otros.

Seguramente el problema estaba en Joana. Alguna experiencia frustrante la haría rechazar a todo hombre que se le acercase.

Tal vez los hombres significasen algo peligroso para ella. Al menos ése era el mensaje paterno, cuando al saber que Joana estaba conmigo lo primero que hizo fue amenazarme para que le quitara las manos de encima. Y cuando le pregunté sobre el estado civil de Joana me dijo que "él se lo advirtió". ¿Qué le había advertido? ¿Qué cosa no había advertido yo?

—Págame el café, Jim, te lo advierto —Me dijo Pete, el mozo—. Tom está dispuesto a esperarte con el vaso de soda, pero el café deberás pagarlo hoy mismo, ¿entiendes, meterete del inconsciente?

—Caramba, Pete, te veo algo agresivo esta noche.

—Es que en mi análisis pude ver que en realidad me la paso volviendo mi agresión hacia mi propio cuerpo, y ya es hora de proyectarla un poco hacia el cuerpo de los demás, Tom me dijo que así yo lograría...

—Aguarda, aguarda. ¿Tom, el dueño de este bar, es tu analista?

—Así es. Como no puede pagar mi sueldo de mesero, me analiza. Temo que cuando me dé el alta me despida.

Fue demasiado para mí. Me puse a pensar en el caso que tenía entre manos. Entre manos tenía el legajo de Joana. Y en el legajo había una foto. Una foto en la que estaban su padre, su madre, ella y su amiga de la infancia, unos treinta años atrás. Algo me llamó la atención. La amiga era muy parecida a la licenciada Monique Delanuc. Y ella había dicho que se llamaba Monique. Caramba, esto explica por qué Joana me consultó a mí. Monique no puede olvidar lo nuestro y me envía a otras pacientes en su lugar.

Más tranquilo, regresé a mi consultorio.

Señorita Ferguson, su caso está resuelto, el culpable es Edipo.

Segunda sesión

Llega Joana, se recuesta, y me hace un comentario acerca del retrato de Freud joven. Me dice que es un joven apuesto, y me pregunta si podría yo presentárselo. Pienso en lo extraña que es esta muchacha a la hora de elegir candidatos.

—Lo siento, señorita Ferguson, pero esta foto es de hace mucho tiempo. El joven que usted ve allí es el mismo anciano de la foto de ayer, y por lo demás, ha muerto hace tiempo.

—Siempre me pasa lo mismo cuando un hombre me gusta.

—Cómo dijo, señorita Ferguson?

—Que suele pasar que los hombres que me gustan no sean accesibles, ya estén con otra mujer, o sean ancianos, o sean de hace varios siglos, o simplemente sean personajes de alguna novela que jamás vivieron realmente. Sniff —comenzó a sollozar.

—Caramba, señorita Ferguson —le dije—, yo sé que no es lo mejor andar cambiando los elementos del consultorio. Pero pensé que de todas maneras usted reconocería al hombre de la foto de ayer.

—Claro que lo reconozco, pero de todas maneras...

—Usted no pierde las esperanzas...

—No, además él es muy importante para mí.

¡Caramba, pensé, hizo transferencia con Freud!

—¿Y por qué ese hombre es tan importante?

—Bueno, de alguna manera me siento influida por él, su forma de ver las cosas.

—El psicoanálisis no es una cosmovisión, señorita Ferguson —le dije con cierta firmeza.

—¿Y eso qué tiene que ver? —me respondió— A mí me atrapa su imagen, me doy cuenta de que siempre estaré buscando a alguien como él.

¡Se había enamorado de Freud! Y bueno, en todo caso no es la única. De alguna manera Freud representa una imagen paterna, más considerando al Freud anciano que adornaba ayer mi consultorio, y que hoy fue reemplazado por un joven y apuesto Sigmund.

—Señorita Ferguson... Usted puede buscarlo, se puede pasar la vida entera buscándolo, pero él ha muerto. En tal caso puede usted desplazar su líbido hacia otro joven, siguiendo de alguna manera sus enseñanzas.

—No, si yo sigo sus enseñanzas me quedaré sola para siempre, y además, ¡no ha muerto!

—No intente negar la realidad, Freud ha muerto.

—¡Qué Freud ni Freud, el de la foto de ayer no era Freud, era mi padre! ¿Es que acaso no lo recuerda? Si él mismo vino aquí a buscarme, ayer.

¡Qué fallido, qué lapsus pictórico, qué condensación! Ella en realidad hablaba de "la foto de ayer" por la que ella me había mostrado y ahora guardaba en su legajo. En realidad ella, o mejor dicho "ello", me lo había dicho todo desde un principio, sólo hacía falta haberlo escuchado. Yo creí que el de la foto era el marido que ella buscaba, y en realidad *era* el marido que ella buscaba, ya que ella estaba buscando a un marido que fuera igual al padre cuando era joven, que era el verdadero sujeto de la foto. Además, un tipo igual a él sería el único marido que su tiránico padre aceptaría para ella. Si en lugar de "éste es el marido que busco" yo hubiera escuchado "busco a uno como éste", el caso se hubiera resuelto más rápido, y yo hubiera ganado cien dólares menos. Y pensar que el retrato de Freud anciano que reemplazaba al de Freud joven me lo estaba diciendo con su muda presencia "un joven como su anciano padre", es lo que Joana buscaba.

—Señorita Ferguson, su caso está resuelto, el culpable es Edipo. Dudo que lo atrapemos pero al menos podemos sacárnoslo de encima, ¿le parece bien?

Le pareció bien.





tico psicothriller, lleno de se-ue escrito por James ''Jim'' niembro marginal del movi-yos primeros escritos fueron ados por Ediciones de la Flor leerlo en la playa, mientras us merecidas vacaciones.

Dos testimonios que concordaban. El de Joana y el de su madre. Un testimonio que no se entendía pero sonaba amenazante: el del padre. En total: tres testimonios. No es poca cosa para una primera sesión. Decidí investigar a fondo.

—¿En serio es soltera, Joana?

—Sí que lo soy —fue la respuesta.

—¿Y entonces por qué busca a su marido? —le pregunté.

—¿Es que acaso no lo buscan todas las solteras? ¿Qué sentido tendría que yo buscara un marido si ya fuera casada? ¡Si lo busco es porque no tengo, y para eso vine aquí, para que usted me ayude a encontrarlo!

El retrato de Freud anciano parecía burlarse de mí. Lo odié por un instante. ¡Si lo hubiera observado con más detenimiento!

—¡O sea que lo que usted busca es un marido!

—¡Elemental, doctor!

—¿Y por qué no tiene uno, siendo usted joven y bonita?

—¿Debo tomar esto como una declaración?

—Entiendo, veo por qué no tiene marido.

—Se equivoca, doctor. Candidatos no me faltan. Pero ninguno me gusta, y usted tampoco.

Y apareció la histeria, la ''belle indiférence'', la muñequita despechada, la inocente seductora, y todas ellas en una misma persona.

—Miren, Joanas, si tienen candidatos y quieren casarse, ¿por qué no aceptan a ninguno? —le dije no sin cierta ternura.

—Eso descúbralo usted, cuando se le pase la borrachera y deje de verme doble, que para eso le pago —me respondieron, secas.

Así terminó la primera sesión. Cuando Joana se iba, parecía volver a ser una sola persona. La foto se deslizó de su cartera. La tomé y la guardé en su legajo. Luego olvidé lo que había hecho y me fui al bar de Tomás Psiquembaun a despejar mi mente.



Especulaciones teórico-técnicas

En el bar de Tom me pedí mi trago favorito, un ''whisky a crédito'', pero no pudo ser pues se le había acabado el crédito. Y yo no tenía dinero, ya que había gastado los honorarios en recuperar mi retrato de Freud joven, que volvía a lucir en mi consultorio en reemplazo del anciano, que volvía a lucir en el cajón a la espera de que mis apuros me obligaran a volver a utilizar sus servicios pictóricos.

Mientras Pete el mozo me traía un vaso de soda y una taza de café fuerte, volví a pensar en el caso...

''Qué tenemos aquí'', pensé. Una joven bella, con un padre bastante tirano y una madre tímida. La joven se siente sola pero no hay ningún candidato que le venga bien, y decide consultarme. Aquí hay algo que no cierra, hay un detalle que lo oscurece todo... ¿Cómo habrá decidido consultarme justo a mí?

Se escuchaban a lo lejos los sonidos de ''The Moocho'', por Duke Ellington. Amo el jazz. Sobre todo el jazz freudiano. Los ''Tres ensayos'' me vuelven loco, ''Narcisism'' me fascina, sobre todo la introducción. ''Moses and the Monteist'' me cautiva, y con las piezas del tipo ''Finishable and Unfinishable'', ''El hombre de las ratas paseanderas'', ''Dora and K'', y ''Take the horse, little Hans'' (''Súbete al caballo, Juanito'') me pongo sentimental. Puedo quedarme horas escuchando, hasta que se va el último paciente.

Pero ahora había que actuar. Joana Ferguson estaba angustiada porque entre los jóvenes que la cortejaban ninguno le parecía bueno como para ser su marido. Y yo debería descubrir por qué. Pensé en solicitar una entrevista con cada joven para poder hacerme una idea de por qué eran rechazados, pero después recordé que yo era psicoanalista, y mis métodos eran otros.

Seguramente el problema estaba en Joana. Alguna experiencia frustrante la haría rechazar a todo hombre que se le acercase.

Tal vez los hombres significasen algo peligroso para ella. Al menos ése era el mensaje paterno, cuando al saber que Joana estaba conmigo lo primero que hizo fue amenazarme para que le quitara las manos de encima. Y cuando le pregunté sobre el estado civil de Joana me dijo que ''él se lo advirtió''. ¿Qué le había advertido? ¿Qué cosa no había advertido yo?

—Págame el café, Jim, te lo advierto —Me dijo Pete, el mozo—. Tom está dispuesto a esperarte con el vaso de soda, pero el café deberás pagarlo hoy mismo, ¿entiendes, meterete del inconsciente?

—Caramba, Pete, te veo algo agresivo esta noche.

—Es que en mi análisis pude ver que en realidad me la paso volviendo mi agresión hacia mi propio cuerpo, y ya es hora de proyectarla un poco hacia el cuerpo de los demás, Tom me dijo que así yo lograría...

—Aguarda, aguarda. ¿Tom, el dueño de este bar, es tu analista?

—Así es. Como no puede pagar mi sueldo de mesero, me analiza. Temo que cuando me dé el alta me despida.

Fue demasiado para mí. Me puse a pensar en el caso que tenía entre manos. Entre manos tenía el legajo de Joana. Y en el legajo había una foto. Una foto en la que estaban su padre, su madre, ella y su amiga de la infancia, unos treinta años atrás. Algo me llamó la atención. La amiga era muy parecida a la licenciada Monique Delanuc. Y ella había dicho que se llamaba Monique. Caramba, esto explica por qué Joana me consultó a mí. Monique no puede olvidar lo nuestro y me envía a otras pacientes en su lugar.

Más tranquilo, regresé a mi consultorio.



s sonidos de"The Moocho", por Duke Ellington. jazz freudiano.



Segunda sesión

Llega Joana, se recuesta, y me hace un comentario acerca del retrato de Freud joven. Me dice que es un joven apuesto, y me pregunta si podría yo presentárselo. Pienso en lo extraña que es esta muchacha a la hora de elegir candidatos.

—Lo siento, señorita Ferguson, pero esta foto es de hace mucho tiempo. El joven que usted ve allí es el mismo anciano de la foto de ayer, y por lo demás, ha muerto hace tiempo.

—Siempre me pasa lo mismo cuando un hombre me gusta.

—Cómo dijo, señorita Ferguson?

—Que suele pasar que los hombres que me gustan no sean accesibles, ya estén con otra mujer, o sean ancianos, o sean de hace varios siglos, o simplemente sean personajes de alguna novela que jamás vivieron realmente. Sniff —comenzó a sollozar.

—Caramba, señorita Ferguson —le dije—, yo sé que no es lo mejor andar cambiando los elementos del consultorio. Pero pensé que de todas maneras usted reconocería al hombre de la foto de ayer.

—Claro que lo reconozco, pero de todas maneras...

—Usted no pierde las esperanzas...

—No, además él es muy importante para mí.

¡Caramba, pensé, hizo transferencia con Freud!

—¿Y por qué ese hombre es tan importante?

—Bueno, de alguna manera me siento influida por él, su forma de ver las cosas.

—El psicoanálisis no es una cosmovisión, señorita Ferguson —le dije con cierta firmeza.

—¿Y eso qué tiene que ver? —me respondió— A mí me atrapa su imagen, me doy cuenta de que siempre estaré buscando a alguien como él.

¡Se había enamorado de Freud! Y bueno, en todo caso no es la única. De alguna manera Freud representa una imagen paterna, más considerando al Freud anciano que adornaba ayer mi consultorio, y que hoy fue reemplazado por un joven y apuesto Sigmund.

—Señorita Ferguson... Usted puede buscarlo, se puede pasar la vida entera buscándolo, pero él ha muerto. En tal caso puede usted desplazar su líbido hacia otro joven, siguiendo de alguna manera sus enseñanzas.

—No, si yo sigo sus enseñanzas me quedaré sola para siempre, y además, ¡no ha muerto!

—No intente negar la realidad, Freud ha muerto.

—¡Qué Freud ni Freud, el de la foto de ayer no era Freud, era mi padre! ¿Es que acaso no lo recuerda? Si él mismo vino aquí a buscarme, ayer.

¡Qué fallido, qué lapsus pictórico, qué condensación! Ella en realidad hablaba de ''la foto de ayer'' por la que ella me había mostrado y ahora guardaba en su legajo. En realidad ella, o mejor dicho ''ello'', me lo había dicho todo desde un principio, sólo hacía falta haberlo escuchado. Yo creí que el de la foto era el marido que ella buscaba, y en realidad *era* el marido que ella buscaba, ya que ella estaba buscando a un marido que fuera igual al padre cuando era joven, que era el verdadero sujeto de la foto. Además, un tipo igual a él sería el único marido que su tiránico padre aceptaría para ella. Si en lugar de ''éste es el marido que busco'' yo hubiera escuchado ''busco a uno como éste'', el caso se hubiera resuelto más rápido, y yo hubiera ganado cien dólares menos. Y pensar que el retrato de Freud anciano que reemplazaba al de Freud joven me lo estaba diciendo con su muda presencia ''un joven como su anciano padre'', es lo que Joana buscaba.

—Señorita Ferguson, su caso está resuelto, el culpable es Edipo. Dudo que lo atrapemos pero al menos podemos sacárnoslo de encima, ¿le parece bien?

Le pareció bien.



Señorita Ferguson, su caso está resuelto, el culpable es Edipo!

TRES FRAGMENTOS ESCOGIDOS DE "LA NOVELA DE MENEM"

JAVIER ABELARDO MORELLO

Es inminente la aparición de la biografía novelada de C. S. Menem, aunque todavía se desconoce la editorial e incluso el autor que se atreverán a esto. En exclusiva transcribimos tres momentos claves de la trama: el primer día, la aparición de un personaje fundamental para el argumento y el final de unas vacaciones en Siria. Juzgue el lector.

ANILLACO-1932

—Aaaaaaay, ¡pero qué lindo que es el Carlitos Saúl!
—¡Tiene los ojos del padre!
—¡Y la sonrisa de la madre!
—¡Y las patillas de Facundo Quiroga!
—Eso no es nada, ¡además tiene mi osito! ¡Devolvémelo!
—¡Eduardito, andá p'adentro! ¿no ves que es un bebé?
—Ufaaaaa, siempre lo mismo, desde que nació éste soy el [segundón...
—Ya va a crecer, Eduardito. ¡Mirá, mirá cómo mueve las [manitos!
—Parece que dijera "síganme, síganme"
—Y ahora parece que hiciera un corte de manga, ¿no?
—Qué hermoso pelo tiene, Dios se lo conserve para toda la vida.

ANILLACO-1939

—Guaaaaaaaaaaaaa
—Vení nene, vení, ¿qué te pasa?
—Guaaaaaaa, ese que está allá me dijo gordito boludo.
—¿Cuál?
—Ese, ¡el petisito de patillas! Guaaaaaa
—Ah, el Carlitos. ¡Es uno, ése! ¡Qué pillo! Pero además vos [no sos de por acá ¿no? ¿Cómo te llamás?
—Armandito... resulta que yo tenía que subir al micro escolar, y me confundí... me subí a un ómnibus y vine a parar acá. [¿Queda lejos Caballito? Guaaaa
—¿Caballito? Eso no es en La Rioja.
—Guaaaaa, no, es en Buenos Aires.
—¿Sabés nene? Tiene razón el Carlitos Saúl. Sos un gordito [boludo.
—Guaaaaaaaaaaaaaaaa. ¡Ya me va a encontrar, cuando sea más grande! Guaaaa.

SIRIA 1960

—¿Viste quién se puso de novio con la hija de los Yoma?
—A ver, dejame adivinar... ¿es de una familia de por acá?
—Sí.
—¿Monzer Al Kassar?
—No.
—¿Ibrahim Al Ibrahim?
—No.
—¿Gaith Pharaon?
—No.
—Me doy por vencida.
—El Carlitos Saúl, el pariente argentino de los Menem.
—¿Cuál? ¿El de las patillas? ¿El del pelo hermoso?
—Ese mismo, Alá se lo conserve. Parece que anda en política.
—¡No! ¡Qué pena para la familia! ¡Con lo desacreditados que están los políticos!
—¡Pero, no! Está en política de allá, de la Argentina. El dice que va a ser jeque o algo así de una provincia que se llama La Rioja, y después sultán, o algo así, de todo el país.
—Entonces se estarán por volver ¿no?
—Sí, se van todos. ¿No la ves a Amira yendo de un lado para otro cargada de valijas?



¿Se acaba? ¿Se acaba el análisis? ¿Es terminable o interminable? ¿El inconsciente existe o son los padres? ¿Cómo es posible que Freud haya resuelto tantos casos sin encontrar jamás al asesino? ¿Existe el crimen perfecto en el que el culpable huye sin dejar huellas mnémicas? Este y muchos interrogantes más siguen sin resolverse luego de haber leído nuestro psicothriller. Y bueno, el sábado que viene nos encontrará unidos como esquizofrénicos o dominados como neuróticos.

RUDY

JORH

LA GRANDEZA Y LA CHIQUEZA POR REP

